

roterápicos dieron realidad á la previsión. Así, ha surgido en nuestros días la trascendental doctrina de la opsonina y del índice opsonico, que completa y ensancha la teoría de la defensa orgánica y promete, para lo porvenir, mejoras muy grandes en la acción positiva del hombre sobre la curación de las enfermedades.

Este valioso adelanto de las doctrinas médicas es el primer punto que quiero presentar á vuestra ilustrada consideración, señalándole como novedad científica entre el III y el IV Congresos Médicos Nacionales. Voy á mencionar ahora otro progreso, también de sumo interés, alcanzado en el mismo intervalo de tiempo, el cual afianza más el dominio del hombre sobre la naturaleza orgánica y la vida superior y aumenta nuestra confianza en las maravillas de la Patología experimental.

Desde el final de la XV centuria, coincidiendo con el glorioso descubrimiento de América y con las famosas guerras entre España y Francia que tuvieron por teatro la península itálica, llamó la atención de clínicos y observadores médicos una enfermedad misteriosa, de facilísimo contagio, que determinaba espantables lesiones, que hacía estragos horribles, que envenenaba las fuentes del placer y de la vida, agotando sus manantiales.

Tal padecimiento, designado primero con las denominaciones de *morbus gallicus*, *morbus napolitanus*, fué al fin denominado con la eufónica palabra que le aplicó el curioso poema de Fracastor. Los empíricos acudieron á buscar su tratamiento, los clínicos se esforzaron en describir sus síntomas y los nosólogos trataron de clasificarla y discurrieron profusamente sobre su naturaleza. Pero hasta estos últimos años nada se sabía sobre su causa íntima y primitiva; conociéndose sólo los trivialísimos medios de su transmisión y contagio, se la tenía por una enfermedad exclusiva del humano organismo y se juzgaban vanas todas las tentativas hechas para inocularla á otras especies animales. Pues bien, la Patología experimental ha realizado lo que parecía imposible hace trece años, y el microzoario productor de la sífilis está ya descubierto é identificado. ¡Qué perspectivas tan lisonjeras nos ofrece este gran descubrimiento para la mejora de la práctica médica en el tratamiento de una de las enfermedades de mayor trascendencia y de consecuencias más graves, entre las muchas que acibaran nuestra vida y torturan nuestro organismo!

Igual adelanto se realizó en la patogenia de otras dos enfermedades de capital interés para nosotros; hablo del vómito prieto, el temible dragón de nuestras costas del Golfo; del paludismo, plaga cruel de nuestras tierras cálidas, que empobrece la sangre, degenera vísceras importantes y enciende en el organismo la destructora tea del calor febril. Sólo empírico había sido su tratamiento, y empírica también su profilaxia; ó si esta última aspiraba á ser racional, se apoyaba sólo en vanas hipótesis. Hoy, gracias á los hábiles médicos de la Comisión Americana, la patogenia de tan terribles azotes orgánicos está esclarecida y su profilaxia sólidamente asentada. Pruébalo así la afortunada campaña que nuestro Consejo de Salubridad ha emprendido en los últimos años contra las mortíferas plagas á que me refiero.

No puedo dejar este asunto sin consignar un triunfo brillante alcanzado por la Medicina Nacional en los últimos trece años. Bien sabéis que la temida peste bubónica, ese enemigo crudelísimo de la especie humana, que en la Edad Media solía adquirir las proporciones de pandemia voraz y aterradora, invadió no ha mucho uno de nuestros puertos del Pacífico y amenazó con terribles estragos la comar-

ca invadida y aún el resto de la República. Pero nuestro Consejo de Salubridad, acudiendo con eficacia á remediar el mal, logró la pronta extinción de la plaga y alcanzó de esta suerte uno de los triunfos más gloriosos que han coronado las campañas sanitarias.

Si el tiempo, en su correr rápido é incesante, no hace más que engrandecer la ciencia y multiplicar los descubrimientos, produce en cambio en los individuos efectos lamentables y, como la guadaña del segador, troncha existencias útiles que fecundizaban el campo de la vida intelectual. Tal ha pasado en la presente ocasión: muchas de las selectas y distinguidas personalidades que honraron el III Congreso Nacional, muchos de sus laboriosos é inteligentes médicos, no acuden á esta reunión científica, porque la Parca cortó el hilo de sus días, y notamos con pena en nuestras filas el lamentable hueco que produce su perdurable ausencia. ¿En dónde está el eminente cirujano Rafael Lavista, espíritu vigoroso y ávido de ciencia, orientado siempre hacia el porvenir, y que ejecutó labor tan fecunda en los extensos campos de la Cirugía Nacional? ¿En dónde el venerable Manuel Carmona y Valle, el distinguido jalisciense Salvador García Diego, el hábil oculista y médico eminente José Ramos y tantos otros que, si adquirieron menos renombre, no fueron menos dignos de encomio por sus merecimientos y virtudes? Están en el misterioso seno de las almas que la razón humana es impotente para determinar; sus restos exánimes yacen en el negro fondo de ese siniestro hueco que se llama el sepulcro, y su recuerdo luminoso perdura en nuestro espíritu sirviéndonos de ejemplo.

Si el lapso que separa al actual Congreso del que le precedió es fecundo en sucesos de orden científico, y si como triste reverso no escasearon en él acontecimientos dolorosos que enlutaron nuestras almas, los momentos en que el IV Congreso Médico Nacional se inaugura son verdaderamente conmovedores y grandiosos, pues se asocian al gran suceso histórico que promovió y determinó nuestra existencia como Nación.

Hoy, que nuestra Patria, pacificada y próspera, conmemora el Centenario de la proclamación de nuestra Independencia, nos cabe en suerte entregarnos á nuestras pacíficas labores bajo la gloriosa enseña nacional, y vibrante el alma de regocijo por la celebración de suceso tan fausto y significativo. Estamos bajo la égida de la Patria, y á su amparo os congregáis para comunicaros el fruto de vuestras labores y el resultado de vuestros estudios y para demostrar, que si la Nación Mexicana tuvo héroes que en los campos de batalla sostuvieron su Independencia y tribunos que propugnaron su libertad y progreso, y hombres de Estado que le marcaron el rumbo, tuvo, y tiene también, hombres de ciencia que han consagrado su existir al descubrimiento de la verdad y á la práctica del bien.

Cuán prodigiosamente fecunda ha sido para las ciencias médicas nacionales la primera centuria transcurrida desde el glorioso Grito de Dolores! La Medicina Mexicana era hace un siglo rudimental y embrionaria; la envolvían, como asfixiantes mantillas, los nebulosos pliegues de una metafísica estéril, y la amamantaban las macilentas y secas ubres del empirismo más desolador. Se enseñaba del modo más precario en las insignificantes cátedras de prima y vísperas de Medicina que se leían en la Real y Pontificia Universidad de México, y sin enseñanza objetiva y experimental, sin clínica que mereciera tal nombre, sin base anatómica ni ejercicios prácticos, era un verdadero cuerpo sin alma, en que el noble arte de Hipócrates, Galeno y Avicena era apenas un oficio.

Discurso pronunciado por el señor Doctor don Alfonso Pruneda en el acto de la inauguración de la Exposición de Medicina, el 17 de septiembre de 1910.

Hace unos seis meses que, en una visita que el señor Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes hizo á las clínicas de la Escuela Nacional de Medicina establecidas en el Hospital Juárez, acompañado del distinguido Profesor don Fernando Zárraga y del que habla, el señor Doctor Zárraga lanzó la idea de que en este mes del Centenario se celebrara en la Capital una Exposición de los aparatos é instrumentos quirúrgicos y de exploración clínica y de los procedimientos operatorios y de exploración clínica inventados ó modificados por los médicos mexicanos en el primer siglo de nuestra vida independiente, y aun propuso á las personas que en su concepto podrían encargarse de organizar esa Exposición.

El señor Licenciado Chávez, penetrado de la importancia de la iniciativa, la llevó bondadoso á la consideración del señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien se sirvió aceptarla, teniendo la dignación de nombrar al mismo señor Doctor Zárraga, al ilustrado cirujano don Regino González y al que tiene el honor de dirigiros la palabra en estos momentos, comisionados para preparar la Exposición, que debería abrirse en el mes en que estamos, como una de las festividades del glorioso Centenario de la Proclamación de nuestra Independencia.

Posteriormente, la misma Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, á moción de los comisionados, tuvo á bien nombrar con el mismo carácter al señor Doctor don Francisco Bulman.

La Comisión, penetrada de la importancia que había de tener la Exposición cuya organización se le confiara, y temerosa, con justicia, de no poder acopiar por sí sola los datos necesarios para llevar á debido término sus labores, se apresuró á lanzar por toda la República, y en profusión, una circular, invitando á todos los médicos mexicanos para coadyuvar en la obra que había de recordar ó de dar á conocer los esfuerzos hechos en nuestra Patria por el adelanto de la Medicina.

Muchas circulares de éstas no fueron desgraciadamente ni siquiera contestadas; pero algunas sí aportaron no despreciable contingente, que, unido al que los comisionados pudieron recoger por sus propios esfuerzos, ha producido el resultado que está á la vista de ustedes en este salón, arreglado especialmente para nuestra Exposición, merced á la ayuda decidida y muy eficaz de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Lo que ha podido recogerse y exhibirse en este local muestra á las claras la importancia de la Exposición que hoy se inaugura. No han sido en verdad escasos los médicos mexicanos que han podido modificar ventajosamente los procedimientos operatorios ó clínicos importados del extranjero, ni tampoco los que han tenido la fortuna de descubrir otros nuevos, marcando así, de una y otra manera, un paso en el progreso de la Medicina entre nosotros. Tampoco han sido tan raros los que, modificando ó creando completamente alguno ó algunos aparatos ó instrumentos quirúrgicos, de exploración clínica ó de Fisiología, han aportado de este modo su contingente para el adelanto de las ciencias médicas en nuestra República.

Muchas de estas modificaciones ó de estos inventos eran conoci-



dos por todos; pero otros muchos (me atrevo á decir la mayoría de ellos) permanecían completamente sepultados en el olvido hasta que los trabajos preparatorios de esta Exposición Médica del Centenario los han sacado de nuevo á luz, poniéndolos á la vista de los que se interesan por la historia de la Medicina Mexicana.

Algunos de estos descubrimientos ó de estas modificaciones no llegaron á entrar á la práctica ó desaparecieron pronto, porque las substituyeron otras más en consonancia con los avances de la ciencia; pero, en todo caso, su importancia, como esfuerzos por el progreso y como manifestaciones de la actividad científica mexicana, no decrece ni disminuye. Tanto lo que perdura como lo ido, uno y otro, merecían conocerse y recordarse; y así lo comprendió la Comisión de que me cabe la satisfacción de formar parte, cuando se propuso, sin hacer selección de ninguna especie, presentar ante los médicos mexicanos contemporáneos los trabajos hechos por sus antecesores y aún por algunos de ellos mismos.

La Comisión amplió posteriormente, con anuencia de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, el programa de la Exposición, para dar cabida al mayor número de producciones médicas ó ligadas con la Medicina debidas á mexicanos; y así, además de procurar reunir el contingente á que me he referido, se propuso exhibir igualmente una colección, que no pudo ser, sin embargo, completa, de la literatura médica nacional publicada en el primer siglo transcurrido desde el Grito de Dolores; como se propuso también hacer lo mismo con los productos farmacéuticos elaborados en México, algunos de los cuales pueden competir ventajosamente con los que nos han venido del extranjero, y con los debidos á los Institutos Bacteriológico y Médico Nacionales, cuyos trabajos, á pesar de su notoria importancia, no son todavía bien conocidos por los médicos mexicanos.

Es indudable que esta Exposición no puede considerarse como una obra perfecta; ninguna obra humana lo es, ni mucho menos cuando se prepara con festinación y cuando no se cuenta con toda la colaboración que es indispensable en estos casos; pero me atrevo á asegurar también que, imperfecta é incompleta como lo es, marca una época en la historia de nuestra Medicina, ya que antes de ahora no había lográndose un intento semejante, de inventariar los progresos, pocos ó muchos, trascendentales ó pequeños, llevados á cabo merced á los esfuerzos de los mexicanos, en el dominio de las ciencias médicas.

Por fortuna, la Exposición no terminará con las fiestas; la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes abraza el propósito de convertirla en el núcleo de un museo médico permanente, análogo al notable Museo del Cuerpo Médico Militar de los Estados Unidos de América, que ha de prestar seguramente importantes servicios para la educación de los estudiantes de Medicina y aún de los médicos.

Igualmente, para que este esfuerzo pueda ser conocido por el mayor número posible de personas, y sus resultados puedan ser consultados en las bibliotecas, la misma Secretaría, atenta siempre á estimular cuanto pueda servir para el adelantamiento de la educación y de la ciencia, ha acordado que se publique un Album Médico que contendrá, reproducidos en excelentes ilustraciones, los objetos aquí exhibidos: este Album hará perdurable la obra que representa esta Exposición.

La Comisión, por mi conducto, da en estos momentos las gracias más expresivas á cuantos se han servido ayudarla para que su labor tuviera el mayor éxito posible, y especialmente hace pública su gra-

titud á la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes por la incondicional protección que ha impartido, y sin la cual, la idea no hubiera podido realizarse.

Ahora, señores, ofreced con nosotros esta obra y lo que significa á aquellos médicos ignorados, á aquellos héroes no conocidos que pelearon también por darnos Patria y Libertad; la Comisión ha creído que podría celebrarse el Centenario de la Proclamación de nuestra Independencia, entre otros modos, rindiendo este homenaje á los que, tomando como objeto de su vida la conservación de la salud de sus semejantes, no vacilaron en seguir á los caudillos de la guerra de nuestra emancipación política, para crear una nacionalidad sana y vigorosa.

#### NÚMERO 168.

#### LOS HÉROES ANÓNIMOS.

Poesía del señor Licenciado don Alfonso Teja Zabre, premiada en el concurso histórico-literario abierto por el Museo Nacional con motivo del primer Centenario de la Independencia y leída por su autor en la velada que se verificó en el Teatro Arbeu, la noche del 27 de septiembre de 1910.

«Morir es nada cuando por  
la Patria se muere.»  
MORELOS.

Alabar la memoria de los héroes oscuros,  
Desprendiendo una nota de los cánticos puros  
Que á los héroes ilustres la República eleva,  
Es honrar á la estirpe y elogiar á la gleba,  
Es cantar las virtudes y el vigor de la raza,  
Que llevando con furia el clamor de amenaza  
Hasta el trono guardado por los leones hispanos,  
Como antorchas ardientes levantó entre sus manos  
El ideal y el derecho de la Patria oprimida,  
Sus anhelos rebeldes, y sus ansias de vida!  
Fueron héroes aquellos que llamó la campana,  
Y al oír en las sombras la cadencia lejana  
Descender temblorosa de la obscura capilla,  
Acudieron al templo con su ofrenda sencilla  
Y la fe de sus almas primitiva y serena,  
A rezar en las aras de la Virgen morena;  
Los que vieron á Hidalgo, con su cuerpo cansado,  
Que acechaba la muerte, convertirse en soldado,  
Y en la lucha siguieron la senil cabellera,  
Como el blanco penacho de una erguida cimera  
Que los guió en el combate. Y el patriota desnudo  
Sin más armas que la honda y el valor, ni otro escudo  
Que el acero sin mella de su espíritu fuerte,  
Desafiando al Destino y esperando la muerte  
Bajo el fuego implacable del cañón castellano,  
Con la audacia orgullosa y el tesón sobrehumano  
Del primer Moctezuma, su monarca y su abuelo,  
Que lanzaba sus flechas á la comba del cielo!  
La falange azotada por el hambre y la guerra,  
La traición de los hombres, la crueldad de la tierra,

Que dejó en cada surco de los campos natales,  
En los valles fecundos y en los muertos eriales,  
Con la enérgica savia de su sangre plebeya,  
La indeleble memoria de la gran epopeya!  
Y el tropel ignorado no buscaba la gloria,  
Ni grabar para siempre su recuerdo en la Historia;  
Lo impulsaban el ansia de romper sus cadenas,  
Y el instinto guerrero que incendiaba sus venas,  
Reanimando en su pecho, por obscuro atavismo,  
Un empuje violento y un callado heroísmo:  
El valor silencioso de sus padres indianos,  
Y la ardiente bravura de los hombres hispanos!  
Y al morir se quedaban olvidados y yertos,  
Estrechando los surcos con sus brazos abiertos,  
Con la boca en la imagen de la Virgen morena,  
Y esperando del viento su mortaja de arena.

Sólo tú, tierra patria, diste asilo á los bravos  
Que jamás consintieron que nutrieras esclavos;  
Tu dulzura de madre, que no duerme ni olvida,  
Los ha vuelto al fecundo manantial de la vida,  
De una vida más dulce, más pequeña y más pura,  
Que no sufre las penas del amor que tortura,  
Sin angustia ni risa, sin placer ni dolores,  
De la vida sin alma que perfuma las flores,  
Y estremece las selvas y palpita en los granos;  
Sólo tú recogiste los despojos humanos,  
Y á los héroes humildes que no hallaron la gloria,  
Ni grabaron su nombre para siempre en la Historia,  
Ni cayeron envueltos en la patria bandera,  
Les concedes por tumba la República entera,  
Y les das en tu seno maternal y piadoso,  
La dulzura infinita del eterno reposo!





INDICE.